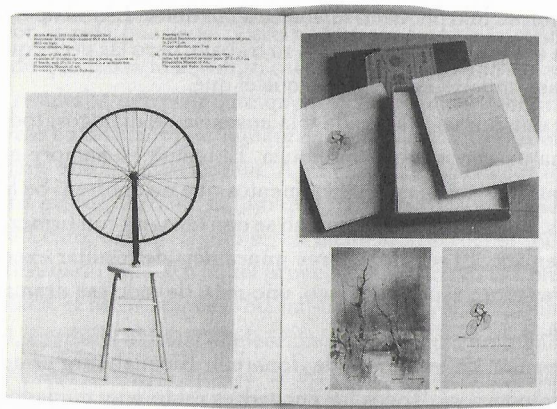


tamente razonados. La duración de los planos del rey jamás aburre, ese rostro que comunica tanto se alía con esa iluminación que parte desde una oscuridad que simula la falta de vida. El montaje siempre mantiene el envite que se propone y consigue que la película sea un artefacto perfectamente ensamblado. No es una película de acciones, pero no agota y en esto el principal artífice no es otro que Jean-Pierre Léaud.

La muerte de Luis XIV posee una radicalidad poética. Esta vez, Albert Serra ha conseguido realizar una película en la que las excentricidades de autor que se tolera, han estado perfectamente conseguidas. Su mejor título y lo más interesante es saber que lo siguiente, será completamente diferente. —IVÁN CERDÁN BERMÚDEZ



LIBROS

Pensar la imagen

JOSÉ JIMÉNEZ: *Imágenes del hombre. Fundamentos de Estética*. Nueva edición, revisada y ampliada. Colección NeoMetrópolis. Madrid: Editorial Tecnos, 2017, 435 pp.

La Estética, tal como la conocemos hoy, nace en la Ilustración pero tiene un profundo pasado humanístico. La palabra *estética* fue utilizada por primera vez por Baumgarten en *Meditationes de nonnullis ad poema pertinentibus* (1735), quince años antes de que publicase el primer tomo de su *Estética* (1750), pero como saber remite a la obra de Platón y Aristóteles.

José Jiménez nos presenta estas *Imágenes del hombre. Fundamentos de Estética*, como un despliegue conceptual que tematiza la imagen como «producciones simbólicas» dependientes de la corporalidad y de la temporalidad inherentes a la aceptada finitud de un tiempo sin trascendencia. La imagen es ficción y debe tender a la verosimilitud, lo que nos aleja tanto de verdades eternas como nos acerca a una experiencia secular de la belleza y lo sublime.

El autor más citado en el libro es Platón. Si en el frontispicio de la Academia podía leerse: «No entre aquí nadie que no sepa geometría», nosotros podíamos añadir en la entrada de esa casa que llamamos Estética: no entre quien que no haya leído a Platón.

Junto a Platón los autores más citados son Hegel y Kant, seguidos a gran distancia por Aristóteles, Adorno y Della Volpe, lo que nos hace ser

conscientes de que nuestras reflexiones acerca de la belleza hace ya dos mil quinientos años que fueron formuladas en Occidente, en unos términos que siguen gozando de una sorprendente vigencia y actualidad.

Estamos ante un texto que ha sido referencia para varias generaciones de profesionales de la Estética: sobre todo profesores y profesoras, artistas, críticos y ensayistas, pero también público lector en general pues el rigor del uso de las fuentes y la metodología aplicada se compagina con una escritura clara y un esfuerzo expositivo que es, a la vez, el fruto de varias décadas de docencia.

Aunque se hable desde el subtítulo de *Fundamentos de Estética*, no estamos ante una visión metafísica. José Jiménez, en un conocido texto («Nowhere Man») declara: «Mi trayectoria filosófica se caracteriza, ante todo, como un intento de asumir plenamente la condición post-metafísica del pensamiento en la época actual, tratando de evitar en consecuencia todo refugio historicista en el pasado». Se trata de estudiar detenidamente los componentes de ese saber específico que llamamos Estética en Occidente, tanto los conceptuales como los materiales, es decir los que habitan en el orden inmaterial de las ideas y los que se materializan en obras específicas que llamamos «obras de arte». *Imágenes del hombre* fundamenta críticamente la Estética a partir de una teoría filosófica de la imagen. Partiendo de la función simbólica, común a todos los seres humanos y raíz antropológica de todo conocimiento, se definen las “imágenes” como «formas simbólicas de conocimiento e identidad». Y estas imágenes pueden ser palabra o línea, o color, o volumen, o intervalo-nota. Por ello el texto está ilustrado por numerosas obras de autores fundamentales en la tradición artística occidental, desde William Turner a Pablo Picasso, Marcel Duchamp, Andy Warhol, Edvard Munch o Umberto Boccioni, que pertenecen a la tradición pictórica y escultórica, pero igualmente hay numerosísimos ejemplos de obras de músicos (Gustav Mahler, Antón Webern), poetas (Francesco Petrarca, Arthur Rimbaud) novelistas (Franz Kafka, Lev Tolstoi). A la vez que estas obras ejemplifican o ayudan a la comprensión de aspectos teóricos desplegados en el texto, sirven para mostrar que cuando hablamos de «imágenes» no nos referimos simplemente a figuras, ni a formas, porque según José Jiménez hay imagen en el poema y en la composición musical o en la *performance*.

La edición renovada de *Imágenes del hombre* está dividida en nueve capítulos.

El punto de partida es un recorrido por la idea de Belleza, desde las primeras formulaciones en Platón, Aristóteles o Plotino hasta Kant y Hegel para terminar en Baudelaire, a partir del cual asistimos al descrédito de la belleza en el plano artístico y teórico, sobre todo por obra de las vanguardias históricas: «Podríamos hablar, en conclusión, no sólo del “agotamiento” histórico de la belleza, como concepto y como valor estético, sino incluso de su muerte».

José Jiménez, fiel a una concepción que atraviesa toda su obra, ahonda en la raíz antropológica de la dimensión estética, como base de su método de aproximación a los fenómenos estéticos y artísticos. Llegamos así al objeto teórico de la Estética, a través del cual «La Estética alcanzaría así el perfil de un saber filosófico crítico y determinado, atento a la pluralidad y heterogeneidad de su objeto, así como al inevitable carácter fragmentario de sus propuestas».

El capítulo V está dedicado al universo del arte, «producción de imágenes en un espacio de ficción», y «Frente a la universalidad antropológica de la dimensión estética, “el arte” aparece por consiguiente como una forma específica de institucionalización de lo estético, característica de nuestra tradición cultural». Destaca su idea de que el arte moderno frente al arte del pasado se caracteriza por la idea de “proceso” y las experiencias procesuales tanto en la creación como en la recepción de las obras de arte. Se desarrollan, entre otras, las ideas de “mímesis”, “poiesis”, “verosimilitud”, y “muerte del arte”. «Según el razonamiento que vengo construyendo, si desde comienzos del siglo XX podemos quizá hablar con propiedad de *la muerte de la obra de arte*, como punto central del sistema estético de valores vehiculado por las artes, cabe entender este proceso [...] como *un desplazamiento de los ejes por los que discurre en nuestro mundo la experiencia artística*, y no como un final histórico irreversible de lo que culturalmente hemos recibido como *arte*»). José Jiménez hace un recorrido minucioso por los tres factores que conforman el universo de las artes: Las Bellas Artes, los Artistas y la Crítica, anticipando algunos de los contenidos de su libro *Teoría del arte*.

En el siguiente capítulo se analiza la Estética desde el punto de vista del individuo y aquí encontramos otra de las constantes en el pensamiento de José Jiménez, la importancia del «cuerpo» como origen de la imagen, y fundamento en suma de la unidad de todas las artes. Creatividad, percepción, expresión y placer estético son analizados minuciosamente: «El placer estético supone una desviación del sentido inmediato del término placer, conlleva un `plus' diferencial respecto a los placeres de la vida cotidiana».

En el capítulo siguiente trata de las relaciones entre Estética y sociedad, alejándose de concepciones idealistas pero ahondando en su teoría de una imagen que es expresión visible de lo invisible, de ahí el interés que José Jiménez muestra en los procesos de espiritualización, destacando las páginas dedicadas a Marsilio Ficino y sus compañeros de Academia, reunidos en la Villa de Careggi.

Finalmente hay un capítulo dedicado al lenguaje, otra constante en la preocupaciones teóricas del autor. Joyce, Wittgenstein, Steiner, Jakobson o Barthes van permitiendo a nuestro autor hilar una reflexión que concluye, con Gadamer y Derrida, que hay: «un desplazamiento del eje procesual de nuestra tradición de cultura del habla o la argumentación al texto escrito». Sin embargo cabe decir que aunque interesantes en su contexto, las reflexiones sobre la Lingüística estructural y Semiología del arte han perdido algo de actualidad. No así la idea que en debate con Lessing se plantea acerca de la unidad de las artes, a pesar de sus distintos medios expresivos, idea también desarrollada por Della Volpe. Sólo añadir, como cuestión meramente marginal que el grupo escultórico del *Laocoonte y sus hijos*, según investigaciones recientes de Salvatore Settis, ya señaladas claramente por Lessing, el grupo debió esculpirse en la época de los emperadores, con posterioridad al año 42 a. C. y no en el período helenístico. Pero lo importante es lo que José Jiménez señala: «A lo largo de este texto hemos argumentado abundantemente la conveniencia de no hacer depender la producción de imágenes de una determinada "facultad" psíquica (=la imaginación) [...] concibiéndolas en cambio como una dimensión antropológica, como un aspecto de la vida cultural, única forma de evitar la reintroducción del esencialismo de raíz platónica en la explicación de la experiencia estética».

El libro concluye con el capítulo titulado «Experimenta la imagen», con un reconocimiento explícito de la temporalidad. «La "mentira" artística, la ficción, para ser fiel a los materiales de que se nutre, debe impulsar el reconocimiento de la temporalidad y la contingencia de la vida, alabarlas, en lugar de refugiarse en la ilusión de eternidad».

• *Imágenes del hombre*, se reedita en una edición revisada y ampliada para incluir un amplio capítulo sobre la categoría estética de lo sublime y contextualizar de nuevo tanto los objetivos como el alcance del libro. La primera edición es de 1986 y ha sido reeditado en dos ocasiones, 1992 y 1998. Por ser la mayor aportación de esta nueva edición, merece mención aparte este Capítulo III dedicado a *Lo sublime*, entendido como la tensión hacia un «más allá» que no se resuelve en trascendencia, sino en un «aquí mismo», finito y temporal, declarado específicamente secular. Casi cincuenta páginas que colocan a esta categoría estética en el papel central que ocupa desde que, en la modernidad, los límites de la belleza se mostraran demasiado estrechos para contener nuevas facetas de la sensibilidad contemporánea y de la experiencia del arte, una vez que éste amplía los límites del tiempo y del espacio. Este capítulo, que es la aportación más novedosa del libro se escribe en diálogo con el referido a la belleza como ámbito de la experiencia estética. Es un recorrido pormenorizado desde pseudo-Longino a Baillie y de Burke a Kant. El autor se demora en la *Crítica de Juicio* por ser uno de los hitos fundamentales en este recorrido, pero también avanza hasta Hegel, Schiller, Schelling, Turner y Schopenhauer. Particularmente interesante es el recorrido por el siglo XX, de la mano de Barnett Newman o Derrida. Sin embargo, en este recorrido José Jiménez introduce una relación que si no es dudosa es, al menos, problemática. Nos referimos al concepto de «sublimación» de Freud, como si pudiese ser un peldaño más en la escala de lo sublime. A nuestro parecer la teoría freudiana de la sublimación introduce una distorsión violenta en la teoría de lo sublime, porque parte de otros parámetros y llega a otros resultados, como ha señalado el mismo Lacan. La sexualización de todos los fenómenos acentúa, eso sí, la dimensión corporal, determinante en la constitución de lo sublime, pero lo sublime estético y la sublimación tal vez no tenga mucho que ver. Dice Jiménez: «En definitiva, en nuestro análisis de la irradiación contemporánea de lo su-

blime, la idea de *sublimación*, elaborada en el marco del psicoanálisis, resulta importante porque introduce una oscilación que va del trasfondo sexual al equilibrio psíquico del individuo y a las plasmaciones artísticas y culturales de los grupos humanos. En síntesis: a través de la elevación sublime, aquí reformulada como sublimación, podemos ir de lo más bajo e interior: la pulsión sexual, a lo más elevado: la expansión de la mente y la cultura. De nuevo, con formulaciones distintas, un mismo *eo*: oscilación y elevación de lo sublime». En el capítulo «Estética e Individuo», dentro del apartado «El placer estético», ya se había mencionado en la edición de 1986 la teoría de la sublimación en Freud, pero entonces se destacaba que no hay en Freud un pensamiento coherente en toda su obra acerca de este difícil concepto. Aunque la mayor objeción es que Freud no relaciona la sublimación sino de un modo tangencial con la experiencia estética y con el arte y finalmente restringe dicha capacidad, en un gesto de craso elitismo, y al negar la universalidad invalida un concepto que de ese modo no puede contribuir a una fundamentación antropológica de la Estética. Como reconoce el mismo Jiménez: «Es justamente la dificultad de dicho proceso lo que explicaría el carácter restringido de la capacidad de sublimación, presente plenamente tan solo en los artistas y grandes hombres de cultura». Lo cual resulta inaceptable.

Del mismo modo que Newton buscaba la expresión matemática de leyes ocultas que pudieran desvelarnos la armonía del universo, en la investigación estética nos enfrentamos con ideas, conceptos y tradiciones que nos ocultan y a la vez nos revelan lo mejor de la odisea humana. Y así esta idea de belleza que Platón anticipa, sigue siendo un tema vivo en la investigación filosófica hasta Gadamer. Veinticinco siglos parecen una eternidad, pero no son más que tiempo y ya no hay espacio para concepciones idealistas, hipostáticas o esencialistas; la belleza y lo sublime son creaciones temporales humanas. De esta actualidad da cuenta críticamente *Imágenes del hombre*. —ANTONIO MOLINA FLORES